

que tragar, y entonces diré como mi tocayo:
«¡Vive Dios que pudo ser!»

X

Aquella noche, cuando Maxi subió á comer, encontró á su mujer un poco enferma. Le dolía la cabeza y tenía náuseas. Doña Lupe, que la estaba observando siempre, veía en su mal un pretexto para esconder de la familia los pesares que la consumían. «Lo que tú tienes—pensaba—es el afán de volver al reclamo. Estás luchando contigo misma. Quieres ir y no te determinas.» Algo de esto debía de ser, pues Fortunata se metió en su alcoba, resistiéndose á tomar alimento. Maximiliano no le instaba á que comiera, pues aquella actitud de su mujer tomábala él por querencia de privaciones, por iniciación del aniquilamiento, ó apetito de muerte y liberación. Doña Lupe, fatigada de lidiar con tanta insensatez de una y otra parte, se retiró, dejándoles solos y diciendo: «Haced lo que queráis. Allá os arregléis á vuestro gusto. Yo estoy rendida.» Comió sola, y con Papitos les mandaba de algún plato, que volvía casi intacto. Después entró un instante en la alcoba para preguntarles qué tal estaban, y se fué á descansar. «No puedo resistir más esta vida de perros—decía.—Dios tenga compasión de mí.»

Fortunata habría deseado que su marido se durmiese y la dejase en paz. Pero no parecía él dispuesto á hacerle el gusto en esto. Presentábase aquella noche bastante locuaz, lo que la disgustó mucho, pues pocas veces se había sentido con menos ganas de conversación. A poco de acostarse, observó que su marido, sentado frente á la mesa donde estaba la luz, sacaba del bolsillo un paquete, después otro, objetos envueltos en papeles, y los ponía frente á sí, como un hombre que se prepara á trabajar. El ligero ruido estridente que hace el papel al ser desdoblado, ruido que se acrecia con el silencio de la noche, molestaba á Fortunata atrayendo su atención. Lo primero que hizo Maxi fué sacar de un envoltorio de regular tamaño multitud de paquetes chicos muy bien doblados, como los que en Farmacia se llaman *papeletas*, forma en que se dividen y expenden las dosis de las medicinas en polvo. Pero después vió la joven que desliaba otro paquete de forma larga y... ¡Ay, Dios mío, era un cuchillo!... Lo estuvo él contemplando un rato por un lado y por otro, y acercaba la yema del dedo á la punta como para probar si era bien aguda. La esposa sintió sudor frío en todo su cuerpo... No pudo contenerse, y como si despertase á un durmiente para librarle de los fingidos horrores de angustiosa pesadilla, le dijo: «Maxi, hijo, ¿qué haces?» Él la miró con gran tranquilidad.

—Yo creí que dormías. ¿No tienes sueño? Pues charlaremos de cosas agradables.

—Como quieras. Pero más vale que te acuestes y dejes las cosas agradables para mañana.

—No... De seguro que te gustará lo que voy á decirte. Espera un pcco.

Recogió todos sus paquetes y el cuchillo, y trasladándose á la silla que estaba junto á la cama, lo puso todo sobre la mesa de noche.

—Ajaja... Ahora verás—dijo sonriendo cariñosamente, como el que se dispone á dar á la persona amada la sorpresa de un regalito.—Esto, ya lo ves, es un puñal.

Fortunata se estremeció como si la hoja fría le tocara las carnes, y se puso á dar diente con diente.

—Lo compré hoy en la tienda de espadas de la calle de Cañizares. Aquí dice: *Toledo, 1873*. Es bonito, ¿verdad? Hace días que vengo pensando en cuál es la mejor manera de hacerle al alma el gran favor de mandarla para el otro barrio. ¿A ti qué te parece? No decido nada sin tu consejo, y lo que tú prefieras, eso preferiré yo.

La infeliz mujer estaba tan medrosa, que apenas podía hablar.

—Guarda eso, por Dios... Mira que me da mucho miedo.

—¡Miedo!—exclamó él con asombro y desconuelo.—Pues yo creí que habría conseguido infundirte mi idea y que ya mi idea te era fami-

liar. ¡Miedo á la muerte! es decir, ¡miedo á la libertad y amor al calabozo! ¿Ahora salimos con eso? Si lo primero, mil veces te lo he dicho, es mirar á la muerte como el fin de los padecimientos, como miran á la playa los infelices que luchan con las olas agarrados á un madero.

—No, si no tengo miedo—dijo ella con deseos de tranquilizarle, porque observó que se exaltaba.—Pero es que... esas cosas, más vale dejarlas para de día. Ahora, á dormir.

—¡Dormir!... Ahí tienes otra tontería. Dormir, y ¿qué saca uno de dormir? Pues embrutecerse, olvidarse de lo principal, que es el desprendimiento y la evasión. Querida mía, ó estás conmigo ó estás contra mí; decídetelo pronto. ¿Estás dispuesta á tomar la llave de la puerta y escaparte conmigo? ¿Sí? Pues lo primero es no tener horror á la muerte, que es la puerta, estar siempre mirándola, y prepararse para salir por ella cuando llegue la hora feliz de la liberación.

Fortunata se arropó bien, porque le había entrado más frío. ¡Ay, qué miedo tan grande!

—El momento de la liberación es aquel en que uno se considera suficientemente purificado para apechugar con el paso de un mundo á otro, y dar ese paso por sí mismo. Las religiones dominantes prohíben el suicidio. ¡Qué tontas son! La mía lo ordena. Es el sacramento, es la suprema alianza con la divinidad... Bueno; pues las personas que por medio de la anulación social,

y cultivando la vida interior, llegan á purificarse, comprenden por su propio sentido cuándo llega el momento de tomar el portante. La liberación no debiera llamarse suicidio. La expresión mejor es ésta: matar á la bestia carcelera. Llega un momento en que el alma no puede ya aguantar la esclavitud, y es preciso soltarse. ¿Cómo? Mira.

Fortunata tiritaba, discurriendo si se levantaría para llamar á doña Lupe.

—Esto es un puñal... bien afilado... Hay que tener en cuenta que la bestia se defiende, por muy decaída que esté. La carne es carne, y mientras tenga vida hace la gracia de doler. Por eso conviene que la liberación sea con el menor dolor posible, porque la misma alma, con toda su fortaleza, se amilana, siente lástima de la bestia carcelera é intercede por ella. Tú fijate bien, y si el arma blanca no te gusta, me lo dices con franqueza. ¿Prefieres el arma de fuego? Pueden fallar los tiros, y entonces el alma se impacienta; suele suceder que la bala no toma la dirección conveniente, y queda la bestia á medio matar, con medio cuerpo muerto y medio cuerpo vivo. Por eso yo te traigo aquí los medios tóxicos, que son callados y seguros.

Empezó á mostrar aquellas papeletas tan bien hechas y bien dobladas, sobre las cuales había escrito con clarísima letra el nombre de cada droga. Mirábalas Fortunata con indecible te-

rror, y se tapaba la nariz y la boca, temerosa de que, respirando tales ingredientes, pudiera envenenarse.

—Vete enterando. Esta substancia que ves aquí, blanca y en cristalitos, es la *estricnina*... Muerte segura y tetánica, y que produce muchas angustias, por lo cual no te la recomiendo. La *atropina* es ésta, y ésta la *cicutina*. ¿Ves? Polvos blancos. La *cicutina* tiene una ventaja, y es que con ella se liberó el señor de Sócrates, lo que la hace venerable. Ambos son venenos virrosos, es á saber: que se queda uno dormido y en sueños se acaba. Pero yo me pregunto: En las tinieblas del sueño, ¿no producirán los pataleos de la bestia horribles martirios? ¿Qué te parece á ti? ¿Preferiremos la *digitalina*, que mata por asfixia? ¿O nos fijaremos en los mercuriales? Miralos aquí: el *yoduro de mercurio*, rojo; el *cianuro de mercurio*, blanco. También tengo un preparado de fósforo, que mata por envenenamiento de la sangre. Pero lo bueno está aquí, míralo: el verdadero *ojo de boticario*, la bendición de Dios. Esto sí que mata, y pronto. ¿Ves este polvo gris? Es la *gelsemina*, la maravilla de la toxicación. La bestia se estremece sólo de verla, porque sabe que con esto no hay bromas. Muerte instantánea.

—Basta, basta—dijo Fortunata, que ya no podía resistir más.—Si no guardas todo eso, me levanto y me voy.

Él la miró con semblante en que se pintaban un desconsuelo siniestro y un asombro compasivo. Esta mirada le aumentó á ella el miedo; y comprendiendo que era forzoso disimularlo, acariciándole la manía para evitar cualquier barbaridad, le dijo:

—Todo está muy bien... yo comprendo... Claro, la bestia hay que matarla. Pero si quieres que yo te quiera, ha de ser con condición de que no me traigas acá venenos...

—¡Ah!, corriente... Si prefieres las armas de fuego... Pero en este caso hay que ejercitarse. Preciso es que mueras primero tú, después yo... ¿Y si me falla el tiro y me quedo vivo y viene gente y me sujetan?...

—No, hijo, no, cada cual coge una pistola, y apunta uno para el otro como en los desafíos... Se da la señal, ¡pum!, y ya verás cómo quedan las dos bestias.

Maximiliano meditaba.

—No me parece muy practicable tu solución.

—Sí, chico, sí; te digo que sí. Hazme el favor de coger todos esos polvos y tirarlos por la ventana al patio. No, mejor será que los envuelvas en un paquete y me los des; yo los guardaré. Te prometo guardarlos. Pero qué, ¿desconfías de mí?... Gracias, hombre.

De veras que desconfiaba, porque cuando ella extendió sus manos para coger las papeletas, acudió él á defenderlas como se defiende una

propiedad sagrada. «Tate, tate; déjame esto aquí. Yo lo guardaré...»

—Bueno; mételo en el cajón de la mesa de noche, y también el cuchillito. Yo te prometo no tocarlo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro... No parece sino que yo te he engañado alguna vez. ¡Qué cosas tienes!... Pero te has de acostar...

—Si no tengo sueño, á Dios gracias. Cuando duermo algo, sueño que soy hombre, es decir, que la bestia me amarra, me azota y hace de mí lo que le da la gana... ¡Infame carcelero!

Impaciente, Fortunata se lanzó á las determinaciones que exigen los casos graves. Echóse de la cama tal como estaba, y casi á la fuerza, mezclando los cariños con la autoridad, como se hace con los niños, le hizo acostar. Quitóle la ropa, le cogió en brazos, y después de meterle en la cama se abrazó á él, sujetándole y arrullándole hasta que se adormeciera. Decíale mil disparates referentes á aquello de la liberación, de la hermosura de la muerte y de lo buena que es la matanza de la bestia carcelera. «A cada bestia le llega su San Martín» repetía, con otras frases que habrían sido humorísticas, si las circunstancias no las hicieran lúgubres.

Ella durmió muy poco. Al amanecer, viéndole en profundo letargo, levantóse cautelosamente y echó mano al puñal y las papeletas.

Escondido el primero, vació todo el contenido de las segundas en un periódico, metiéndolo todo revuelto en un cucurucho para llevárselo á Ballester. Con ayuda de doña Lupe, que se horripilaba oyendo contar el paso de la noche anterior, pusieron en cada papelillo cantidad proporcionada de sal ó azúcar molida, y bien dobladitos como estaban, volvieron á meterlos en la mesa de noche. Lo primero que él hizo al despertar fué ver si le habían quitado su tesoro, y como extrañase no hallar el puñal, dijole su mujer: «El puñal lo he guardado yo... Es monísimo. Descuida, que no lo perderé. ¿Tienes ó no confianza en mí? Tocante á esos polvos, encárgate tú de guardarlos; y si el caso llega, chico, no seré yo quien les haga ascos, porque, bien mirado, para lo que sirve esta vida... Lucidas estamos; ¡siempre penando, siempre penando! Espera que te espera, y cada día un desengaño... Te aseguro que el vivir es una broma pesada.

—Dame un abrazo—le dijo Maxi arrojándose á ella medio vestido.—Así te quiero. Tú has padecido, tú has pecado... luego eres mía.

Y como en aquel momento entrara su tía trayéndole el chocolate, se fué hacia ella, en pernetas, con intento de abrazarla, diciéndole:

—También usted ha padecido, también usted ha pecado, querida tía.

—¡Pecar yol...

—Y es usted de mi tanda.

—Todo lo que quieras, con tal que te tomes ahora este chocolatito.

—Lo tomaré, lo tomaré, aunque no tengo apetito. Venga... Por aquello de cumplir.

—Dices bien; una cosa es enamorarse de la muerte, y otra es cumplir nuestras obligaciones mientras no llega el momento—dijo doña Lupe con naturalidad.—De mí te sé decir que estoy harta de la vida, pero harta, y si no he tomado ya una determinación, es porque como tiene una tanto que hacer, no le queda tiempo ni para pensar en lo que le conviene. Pero ya lo arreglaremos, hijo, y á mí me tienes dispuesta á darle la morrada á la bestia cuando menos ella se lo piense. Ya no la puedo sufrir.

Tía y esposa, disimulando su tristeza, le contemplaban mientras tomó el chocolate, admiradas de que lo tomase con gana. Las ganas teníanlas la bestia, él no.

XI

Á eso de las diez salió Fortunata para llevar á Ballester el paquete de substancias venenosas. «Ahí tiene usted la que nos preparaba su amigo—le dijo con desabrimiento.—¡Vaya un cuidado que tiene usted! Vea lo que llevó á casa...» Ballester examinaba las terribles drogas...

Después se puso muy serio. «Ese tonto de Padillita tiene la culpa. No sé cómo le permitió andar en esto. Descuide usted, que le echaré hoy una buena peluca. Lo mejor será que no trabaje más aquí; cualquier día nos mete en un conflicto... Pero siéntese usted...»

Al ofrecerle una silla, Ballester parecía poner especial cuidado en dar á conocer sus botas nuevas, resplandecientes; en que Fortunata admirase su levita y su cabellera rizada á fuego, la cual despedía fuerte olor á heliotropo. En todo reparó ella, demostrándolo con una sonrisa picaresca.

—Se ríe usted de lo reguapo que me he puesto hoy, ¿verdad? Acostumbrada á verme hecho un cavador... Pues le diré: hoy se casa mi hermana con ese á quien llaman el *distinguido pensador*, Federico Ruiz. Voy á la boda, y esta noche le traeré á usted los dulces.

Fortunata volvió á su tema: «Es preciso tomar una determinación. Las medicinas que usted le da no le hacen ningún efecto. Hoy hemos hablado mi tía y yo. Antes de llevarle á un manicomio es preciso probar algún otro medicamento. ¿No se decide usted á darle eso que decía... no me acuerdo cómo se llama... eso que suena así como un estornudo...?»

—¡Ah!, el *hatchiss*... Lo prepararemos. Usted manda en esta casa... es usted el ama, y me manda á mí; y si me pide una cataplasma he-

cha con picadillo de mi corazón, al momento se la hago.

—¿Ya está usted con sus guasas?

—Y ahora me toca á mí pedirle un favor...

—Usted dirá.

—Esta noche traigo los dulces de la boda. Mando al segundo una parte, otra la dejo aquí para los amigos que vengan. ¿Irá usted arriba á casa de doña Casta, ó vendrá aquí?

—Iremos arriba... Si paseamos, puede que entremos aquí. Según esté ese.

—Bueno; esta noche ha de venir mi amigo el crítico. Padilla le invitará á entrar y le ofrecerá dulces. Quiero que se coma uno que tengo yo aquí preparado para él... No sabe usted cuánto le odio.

Fortunata, que tenía la cabeza caldeada con ideas de envenenamiento, se asustó.

—¿Pero qué demonios le va usted á dar á ese infeliz? Si es un buen chico.

—Nada, no se asuste usted... No es más que un derivativo... La fiesta consiste en que luego le invite doña Casta á subir y que suba...

—No sea usted bruto. ¡Si es un chico muy bueno! Me han dicho que mantiene á su madre...

—¡Que mantiene á su madre! Pues estará lucida. ¿Y con qué la mantiene? ¿Con los artículos?

—Le dan dos duros por cada uno. Ya ve usted. Y hace cuatro todas las semanas.

—Buen pelo, buen pelo... Pero en fin, aunque

mantenga á su madre y á su abuela y á toda su familia, y sea un excelente chico, yo le quiero dar esta broma inocente. ¿Me hará usted el favor que le pido?

—¿Cuál?

—No le pido á usted que me dé un beso, porque si le pidiera ese pedazo de la gloria, usted no me lo daría, y si me lo diera, al instante me tendrían que poner en manos del amigo Ezquerdo... Pues mis aspiraciones se concretan hoy, querida amiga, á que usted, si está aquí cuando entre ese niño ilustrado, le ofrezca la yema que yo tengo dispuesta. Dándosela usted no sospechará... Además, usted le dirá á doña Casta ó á Aurora que le inviten á subir para que oiga tocar la pieza...

—Quítese usted de ahí... Yo no me meto en esas intrigas. ¡Pobre muchacho! Me pongo de su parte. ¡Qué malo es usted!

—Más mala es usted... En pago de su infamia le voy á dar una buena noticia.

—¿A mí noticias?...

—Y tan buena que le ha de saber á usted mejor que los dulces que le enviaré esta noche... ¡Ay!, me consuela una cosa, amiga mía, y es que si conmigo es usted ingrata, lo es también con otros. ¡Mal de muchos!...

—¿Qué está diciendo?

—Pues que bien le pasean á usted la calle... Y la niña sin parecer por ninguna parte. El

niño rompía el pescuezo mirando para los balcones, y usted atormentándole con su ausencia. ¡Pobre señor!... Toda la tarde calle arriba, calle abajo...

Fortunata palideció, y con la mayor seriedad del mundo se dejó decir:

—¿Quién... y cuándo?...

—No se haga usted la tonta... ¡Pues ayer tarde, cuando se retiró, iba con una cara de mal humor!... Plantón como aquel no se ha llevado nunca. Yo le miraba y me decía: «bien merecido te está... Aguántate, cachete... Todos somos iguales». ¿Quiere usted que le dé un consejo? Pues trátele á la baqueta. Que suspire, que pasee, que le tome la medida á la calle. Toda la hiel no ha de ser para mí... ¿Quiere que le dé otro consejo? Pues á usted le conviene un corazón como este que yo tengo aquí guardadito, virgen, créalo usted, virgen. Acéptelo, y déjese de querer á ingratos...

Fortunata se había puesto tan desasosegada, que no oía las amorosas confianzas del farmacéutico. «Abur, abur—dijo levantándose.—Tengo que volverme á mi casa.»

—Vamos á ver... Y si vuelve esta tarde, ¿qué le digo?

—Quítese usted allá...—indicó ella corriendo hacia la puerta, y el otro detrás.

—¿Qué le digo?... Porque aunque no le he hablado nunca, le hablaré, si usted me lo man-

da. ¿Digole que no parezca más por aquí?... ¡Ay, qué mujer! Allá va como una exhalación. Está tocada, tan tocada como su marido... Todo por no enamorarse de un hombre digno, como, por ejemplo... un servidor. ¡Ah! Segismundo, paciencia. Imita á los pescadores de caña; espera, espera, que al fin ella picará.

Doña Lupe, cuando entró su sobrina, bastante sofocada por haber subido muy á prisa la escalera, admiróse de verla tan alegre. «Sabe Dios—dijo para sí,—sabe Dios por qué estarán los tiempos tan divertidos... Probablemente esta salidita, con pretexto de llevarle á Ballester los polvos, sería para verle... El le diría que pasaba á tal hora... ¡Y qué colorada viene! Sin duda ha habido hocicadas en el portal.»

Maxi continuaba tranquilo. Más bien parecía un convaleciente que un enfermo. Estaba muy débil y no apetecía más que sentarse junto á los cristales del balcón del gabinete, contemplando con incierta mirada á los transeuntes. Esto no le hacía maldita gracia á Fortunata, porque... «*si al otro* le da la gana de pasar también esta tarde y Maxi le ve, se va á excitar mucho». Por tal motivo estuvo muy inquieta, y á cada instante se asomaba y volvía para adentro, tratando de que su marido se pusiese en otra parte. Pero al otro no le dió la gana de pasar aquella tarde. Lo que hizo fué mandar un recadito á su amiga, sacándola del purgatorio de incertidum-

bre y tristeza en que estaba. Servía de Celestina para estas comunicaciones la tía de Fortunata, Segunda Izquierdo, que en Mayo último se le había presentado; miserable y llorosa, á que le diera una limosna. Desde entonces iba todas las semanas, y su sobrina la socorría, unas veces con dinero, otras con comida sobrante ó alguna prenda de vestir. Santa Cruz la amparaba también, y ella se servía de su mendicidad para introducir en la morada de Rubín los mensajes de amor; y tan ladinamente lo hacía, que la sagaz doña Lupe no sospechaba nada. Pues aquella tarde, después de mucho tiempo de entrar allí *con las manos vacías*, puso en las de Fortunata una esquelita. Al fin, ¡oh dicha increíble!... Cuando pudo, leyó la feliz mujer el papelito, en el cual se la citaba á tal hora y á tal sitio para el día siguiente.

Por la noche fueron todos á casa de doña Casta, quien tomó por su cuenta á Maxi, prodigándole mil cuidados, ofreciéndole golosinas y tratando de refrescarle el cerebro con una plácida disertación sobre las aguas de Madrid y sobre las propiedades por que se distinguen las de la Alcubilla, Abroñigal, y fuente de la Reina, de las del Lozoya.

La viuda de Fenelón llegó á la hora de costumbre, y á poco subió el mozo de la botica con la bandeja de dulces que mandaba Ballester. No tardaron en presentarse el señor y la señora del

tercero de la derecha. Él, por una de esas ironías tan comunes en la vida, era el hombre más grave, seco y desapacible del mundo, comadrón de oficio, y se llamaba *D. Francisco de Quevedo* (hermano del cura castrense Quevedo, á quien conocimos en la tertulia del café, junto con el *Pater* y *Pedernero*). Su mujer competía en elegancia con una boya de las que están ancladas en el mar para amarrar de ellas los barcos. Su paso era difícil, lento y pesado, y cuando se sentaba, no había medio de que se levantara sin ayuda. Su cara redonda semejava farol de Alcaldía ó Casa de Socorro, porque era roja y parecía tener una luz por dentro; de tal modo brillaba. Pues á esta monstruosidad la llamaba Ballester *doña Desdémona*, por ser ó haber sido Quevedo muy celoso; y con este mote la designaré, aunque su verdadero nombre era *doña Petra*. No tenía niños este matrimonio, y mientras *D. Francisco* se pasaba la vida sacando á luz los hijos del hombre, su esposa sacaba y criaba pájaros, para lo cual tenía muy buena mano. Estaba la casa llena de jaulas, y en ellas se reproducían diversas familias y especies de aves cantoras. Y para colmo de contrastes, era la señora del comadrón una mujer chistosísima, que contaba las cosas con mucha sal. En cambio, *D. Francisco de Quevedo* no tenía más chiste que el que podría tener un caimán.

XII

Aurora y Fortunata, después de cumplir un rato con la visita, riéndole las gracias á *doña Desdémona*, se fueron al balcón. La viuda tenía que contar á su amiga cosas de mucha importancia, y al instante empezó el secreteo. «Ya no me queda duda. Ciertos son los toros. ¿Sabes que el primo Moreno no sale de la tienda? Allí se va por las mañanas, y no quita los ojos del portal de Santa Cruz, acechando si entran ó salen. El muy tonto, ¡qué mal lo disimula! Parece mentira que se chifle así un hombre de su edad... porque anda ya cerca de los cincuenta; un hombre enfermo... porque los médicos dirán lo que quieran, pero el mejor día hace el *crac*... ¿Y que más prueba de su embrutecimiento que estar aquí? ¿Por qué no se va al extranjero como otros años? Buen pajarraco está. Ya ves: un hombre, *por ejemplo*, que podría haber hecho la felicidad de cualquier muchacha honrada, se ve ahora sin amor, sin familia propia, solo, triste... ¡Ah!, le conozco bien: es un disoluto, un inmoral, un corrompido. No le gustan más que las casadas. Me lo ha dicho á mí misma... á mí me lo ha dicho.»

—¿Pero tú?...

—Espera, te contaré—dijo Aurora con cautela, asegurándose de que ningún curioso se destacaba de la tertulia para acecharlas.—Pues

este primo Moreno, aunque pariente lejano, y más lejano por ser rico y nosotras pobres, nos visitaba alguna vez... hará de esto trece ó catorce años. Mamá le consideraba mucho, y cuando venía á casa le recibía poco menos que con paillo. Tuvo mamá en un tiempo la ilusión, ¡qué tontería!, de casarme con él. Yo tenía diez y ocho años, él treinta y pico. ¿Te vas enterando?

Fortunata atendía con toda su alma.

—¿Quieres que te hable con franqueza? Pues á mí no me disgustaba; pero nunca me dijo nada... Tenía buena figura y unos aires de caballero como los tienen pocos... Mamá y papá hechos unos tontos con aquella esperanza... ¡qué inocentes! Es muy lagarto ese hombre. ¡Casarse conmigo! Sí, para mí estaba. A lo mejor, meses y meses sin parecer por aquí. Yo me acordaba de él y de cuando venía á casa; como que al verle entrar nos quedábamos todos turulatos y nos parecía que entraba por esa puerta la Divina Majestad... Pues como te digo, dejó de venir. En aquel tiempo conocí á Fenelón; fué mi novio y me pidió. Mamá tenía todavía ilusiones; papá se había curado de ellas. Nos casamos... ¿Pues creerás que al mes de casados, viene el primo á Madrid y empieza á hacerme la corte por lo fino?

Fortunata parecía que estaba oyendo leer el relato más novelesco, según el interés y asombro que mostraba.

—Pues verás. Fenelón era un bendito, de éstos que juzgan á todo el mundo por sí mismos, y que no ven el mal aunque se lo cuelguen de la nariz. No se enteraba de la persecución, y yo pasando la pena negra. ¡Ay hija, qué peligro tan grande! Siempre que salía, ¡pin! me le encontraba. Yo no sé... parecía que me olía como los perros huelen la caza. Una tarde que llovía, me cogió y casi á la fuerza me metió en su coche. Estuve á dos dedos del abismo, casi á dedo y medio; pero no, no caí. ¡Dios mío, qué hombre! Es absurdo.

—¿Pero tú le querías?—preguntó la de Rubín, que con la idea del querer resolvía todos los problemas.

—Yo... te diré... me pasaba una cosa particular. Temblaba siempre que nos encontrábamos... le tenía miedo, y... de ti para mí, me gustaba. Pero, lo que yo digo: ¿por qué no se casó conmigo?

—Claro.

—Yo le hubiera querido mucho, y no le habría faltado por nada de este mundo. Pero estos hombres, ¡qué malos son, pero qué malos! Pues verás. Me voy á Burdeos con mi marido, pasan meses y meses, llega el verano y nos vamos á pasar una corta temporada en Royan, un pueblo de baños de mar. Pues hija, estaba yo una tarde en el muelle viendo desembarcar á los pasajeros que venían en el vaporcito de Burdeos,

cuando me veo al primo Moreno. Me quedé... ¡ay!, no te quiero decir nada.

—¿Y tu marido, estaba contigo?

—No; ese es el caso. Fenelón había ido á París á hacer compras. En París estaba Moreno, le vió... y chitito callando se fué á Royan, sabiendo que me cogía sola y descuidada. Descuido fué, que aquella vez, hija, no pude zafarme como cuando la del coche... ¡Ay!, estas cosas te las cuento á ti, porque sé que eres muy callada y no me has de hacer traición. ¡Si mamá lo supiera!... En fin, que el muy tunante se divirtió todo lo que quiso, y después la del humo. Llegó el 70, y al pobrecito Fenelón le mataron esos infames prusianos. Fué un dolor... ¡ah! ¡por ser valiente, por empeñarse en salir en una descubierta! Era un hombre tan patriota, que por salvar á su querida Francia habría dado él cien vidas que tuviera... Pero vamos al otro, á ese solterón estragado... Cuando enviudé, dije: «Pues ahora, si de veras le gusto...» ¡Quiá! Me le encontré en Madrid al año siguiente, y como si tal cosa. ¿Creerás que me dijo algo de amor? ¿Creerás que se acordaba de cumplir las promesas que me había hecho? Buen cumplimiento nos dé Dios. Hija, frialdad igual no he visto. Te aseguro que me daban ganas, *por ejemplo*, de clavarle un puñal... Cierto que me ofreció lo que yo quisiera para establecerme... pero no quise tomar nada de aquellas manos. ¡Monstruo!

Cuando le dió al primo Pepe el dinero para la gran tienda, puso por condición que me había de colocar al frente de las labores... Pero no se lo agradezco, palabra de honor, no se lo agradezco...

—A tu primo no le gustan más que las casadas. ¡Valiente tuno!—dijo Fortunata moviendo la cabeza, como quien comprende tarde lo que debió de comprender antes.

—Estos solterones vagabundos y ricos son así... Están viciosos, estragados, mimosos; y como se han acostumbrado á hacer su gusto, piden *mediodía á catorce horas*. Ahí le tienes ya, aburrido, enfermo; no sabe qué hacerse; quiere calor de familia y no le encuentra en ninguna parte. Bien merecido le está; me alegro. Que lo pague. Y para mayor desgracia, se engolosina ahora con Jacinta. Lo que á él le enciende el amor es la resistencia; y las que tienen fama de honradas, le entusiasman, y las que sobre tener fama, lo son, le vuelven loco. Con Jacinta debe de haber sostenido una guerra tremenda, sí, tremenda; pero al fin ella se ha rendido, no te quepa duda. Yo fui Metz, que cayó demasiado pronto; y ella es Belfort, que se defiende; pero al fin cae también... ¡Ah!, las señas son mortales. El primo va á la casa todos los días, y la acecha cuando sale, para hacerse el contradizo... Algunas tardes no parece por la tienda. ¿Tendrán citas? He aquí mi idea. Te juro que lo he de